

Prólogo de Jose María Merino

para el libro “Un extraño envío y otros relatos breves 1994-2005” de Julia Otxoa

Estamos en Luttmann, en Zilbor, en Muzzle, en Weil, en Umbría, en Morano, en Santa Reparata, en ciudades y villas parecidas a las que ustedes y yo habitamos en este otro lado de las cosas, en edificios que dan a la avenida Salvara, a la avenida Lincoln, a la avenida Cronwly e incluso a la Cuesta de Moyano, una toponimia y una geografía que, aunque tenga nombre, y con ello una supuesta certeza de crónica, siempre deja asomar la sugestión de lo imaginario. Con aparente naturalidad —una mirada cargada sin embargo de ironía— alguien nos cuenta historias, nos confía contenidos de diarios, nos deja leer cierta correspondencia, nos hace partícipe de noticias, de sucesos.

El título del cuento que da nombre al conjunto —*Un extraño envío*— podría sintetizar bien cierto espíritu del libro. Este cuento muestra seis cartas de Juliette Sousa a Ricardo en las que le comunica su preocupación al recibir un libro con un título para ella desasosegante, y cómo al hilo de sus pesquisas para descubrir el significado profundo o la oculta intencionalidad de ese título ha cometido algunos errores de medición que desajustarán el tamaño de unos muebles y harán que los operarios acaben bloqueando con ellos el descansillo de la escalera de su casa, hasta impedir el paso de los demás vecinos, forzando con ello un sistema disparatado de acceso a las viviendas — mediante poleas y cuerdas, por el exterior del inmueble— que facilita que se le pueda haber colado en el domicilio algún desconocido. El clima tiene mucho de onírico, de mundo soñado, de pesadilla asumida sin remedio.

Ese título que desasosiega a Juliette Sousa porque no encuentra los propósitos ni los límites de su significado, es en otros relatos un texto, un libro, una frase hecha llevada a las últimas consecuencias de la lógica connotativa, e incluso una conversación que, en lugar de comunicar a los interlocutores, hace precisamente que no puedan entenderse entre sí. Porque uno de los temas de este conjunto de cuentos es la dificultad e incluso la imposibilidad de la comunicación: ejemplar en este sentido es *Viaje circular*, donde se nos relatan indirectamente —también por vehículo epistolar— los peligrosos problemas

de comunicación entre un trapecista y su compañera de ejercicios en esos momentos de la pirueta en el espacio en los que tales artistas circenses se juegan la vida.

La incomunicación tiene mucho que ver con el absurdo, y muchos otros cuentos del libro hacen énfasis, precisamente, en el sinsentido de eso que llamamos la realidad. Un absurdo visto desde la fecunda herencia de la mirada kafkiana —algún cuento hace un homenaje explícito al maestro de maestros— donde no es raro encontrar el circo como escenario en lo que tiene de grotesca y misteriosa metáfora —como ya se ha mostrado— y donde muy a menudo se produce la irrupción, también desde el asalto a la lógica de la pretendida apacibilidad cotidiana, de animales —perros, cerdos, ratones, mosquitas, gatos, pulgas, gallinas, vacas— que componen un contrapunto de las alucinaciones humanas, cuando no son expresión directa de la propia humanidad metamorfoseada.

Hay también en esta colección varios relatos que hablan del tiempo como gran disolvente de las decisiones humanas: desde ese Oto de Aquisgrán que, antes de suicidarse, quiere dejarlo todo bien arreglado, al suicida esteta de *Ceremonias*, se traza un círculo en el que toda posible consideración racional del presente parece naturalmente amenazada por trabajos pendientes, cuando no disimulos, disfraces, equívocos, malentendidos, y también desmemorias o puros delirios. El tiempo es el elemento de algunos relatos que tienen tono de escena de teatro del absurdo, como *El estanco*, o conforman una ausencia que, de tanto repetirse, adquiere la peculiar densidad de una costumbre, como en *Agradecimiento*.

Onirismo y atmósfera de extrañeza, cambios de identidad —incluso el tema del doble—, desencuentros de interlocutores o entre remitentes y destinatarios de misivas, relaciones difíciles con los objetos, falsas apariencias de las cosas o de los seres vivos, rituales que pueden poner en lo ordinario un aire trágico, alusiones a escritores desde cierta distancia metaliteraria, el tiempo como fundamental distorsionador, la dificultad casi ontológica de encontrar la verdadera clave de los signos y de los mensajes, van formando la sustancia dramática de estos 55 cuentos. Muchos de ellos son muy breves, y bastantes —al menos la mitad del conjunto— se adscriben por su extensión a esa corriente del cuento literario que representa el relato brevísimo —en ocasiones de

apenas unas líneas— que tanta fuerza está consiguiendo en los últimos tiempos y que la autora viene practicando desde hace bastantes años.

El relato brevísimo —ultra corto, micro-relato o como se le quiera denominar— no debe perder las características generales de la familia del cuento literario a la que pertenece, es decir, debe estar señalado por la narratividad, el movimiento dramático. Sin embargo, la especial concentración de tema y lenguaje que requiere su forma, dentro de un género que tiene en la condensación su más claro patrimonio, hace que haya recuperado ese elemento de sorpresa que el cuento literario del siglo veinte había llegado a desdeñar, y sobre todo que en él adquiera particular importancia la perspectiva del narrador, su voz, su manera de enfocar lo que nos relata. En el relato brevísimo, la perspectiva del contador es un aspecto decisivo para conseguir que, en la escasa extensión del texto que se nos propone, se consiga toda su intensidad narrativa.

En estos relatos de Julia Otxoa, esa perspectiva se despliega desde una mirada en apariencia objetiva pero en el fondo burlona, un humor de expresión concisa que suele llegar a convertirse en horror en una desasosegante dinámica. Ese humor oscuro, en ocasiones macabro e incluso sangriento, presenta un panorama narrativo impregnado de aire fantástico, siempre coherente con la voluntad de poner de relieve lo que pudiéramos denominar el envés de la realidad.

José María Merino